

Antología

VOCES NUEVAS

*Relatos, poemas y
prosas de los
miembros del
curso taller*

*Formación de
escritores*

Primavera 2021



**CISTERNA
de SOL**

DE LECTURAS Y SUS CONSECUENCIAS
POR CÉSAR BENEDICTO CALLEJAS

Antología

NUEVAS VOCES

CISTERNA DE SOL

© César Benedicto Callejas,

Edición no venal. Contiene los trabajos de los miembros del Curso - Taller “Formación de Escritores”, desarrollado en la Primavera de 2021 en la plataforma literaria y cultural “Cisterna de Sol”, queda autorizado el uso citando siempre el autor, la fuente y la obra.

Cisterna de Sol:
<https://cesarcallejas.me/>
@cesarbc70

Índice

Prólogo. César Benedicto Callejas	5
La naturaleza del error. Ensayo. Almudena Otero	6
Control. Relato. Diana Carolina Ramírez Mayoral	13
Escribe desde el corazón. Relato. Lucero Medrano.	19
Haiku. Poesía. Lucero Medrano.	25
Una historia común. Relato. Paola López	26
El Milagro de Dios. Relato. Constanza Bartolini	33
Triste historia de un amor en tiempos del bicho de moda. Relato. Irma Angélica Vargas.	37
La magia de las bibliotecas, ¿en extinción? Ensayo. Emma Cecilia Legorreta Padilla.	41
Encontrando al Mago. Relato. Maggie Gutiérrez.	48
Hemingway, su pasión por la fiesta brava. Ensayo. Gustavo Adolfo Castillo Torres.	55
Haiku. Poesía. Nadia Jiménez.	64
Haiku. Poesía. Jorge Miranda.	65
Haiku. Poesía. Lorena Sandoval.	66
Soneto. Poesía. Lorena Sandoval.	67
De comida y buenos recuerdos. Ensayo. Déborah Castillo Flores	68
Machangara. Heymman Revelo	72
Acerca de Cisterna de Sol.	79

PRÓLOGO

Escribir es, para muchos, un sueño inalcanzable; rodeada de cierta aura de misterio, la actividad literaria es un refugio y también un reto; para entrar en ella es necesario hacerlo de la mano de un guía, aprender de los mayores, como en cualquier oficio, es la mejor manera de emprender esta ruta sin retorno.

Durante la primavera de 2021, diversos escritores - aun sin saberlo ellos mismos -, aceptaron la convocatoria para participar en el Primer Curso Taller “Formación de escritores” que propuso la plataforma cultural y literaria “Cisterna de Sol”; durante diez sesiones a través de la lectura, la conversación, el diálogo, se resucitó el modelo de los antiguos talleres literarios, en particular el que la Dra. Alicia Reyes convirtió en leyenda de nuestra cultura por varias décadas. Me propuse seguir la enseñanza de mi maestra y compartirla, tanto desde la muestra de la obra de Alfonso Reyes, como de los escritores que permitieran, a estos valientes que abrían cuadernos y corazones, formular sus propios escritos y mostrar al público lector su desarrollo.

Estos son los resultados, que ustedes lo disfruten.

César Benedicto Callejas.

Ciudad de México.

Mayo, 2021.

LA NATURALEZA DEL ERROR

ENSAYO

ALMUDENA OTERO



Disfrutaba de una comida en un restaurante cuando sucedió un pequeño altercado en la mesa de junto. Una madre reprendía a su hijo por un asunto. La mujer, alta, bien vestida, de porte incluso elegante, haciendo gala de su juventud, pues no podía pasar de los cincuenta años, gritaba a voz en cuello a un adolescente, increpándole que había cometido un error.

Como es común en esos casos, los comensales en derredor jamás nos enteramos del fondo del asunto, pues los gritos estallaron cuando madre e hijo ya habían establecido el tema de su discusión. Sólo fuimos testigos de los aspavientos de sus manos, de la coloración en sus respectivas mejillas y de los movimientos de sus cabezas, siempre de modo horizontal, negando las acusaciones, y jamás afirmando.

La madre, por fin, decidió terminar la discusión y respondió a todas las explicaciones de su hijo, que iniciaban con un “es que

yo pensé” o un “yo creí”, con la tajante frase que desarma hasta al mejor orador. “Pues hubieras preguntado”. El chico miró a la madre iracundo, mientras la bilis subía notablemente por su esófago.

La madre, satisfecha, dio el tema por zanjado y los comensales volvieron a sus respectivos menesteres, todos convencidos de que la madre tenía razón y que el joven inmaduro no había sido capaz ni de evitar su error ni de aceptarlo. Yo, en cambio, coincidí con el adolescente y también sentí una extraña rabia en mi interior cuando le vi partir al baño, en un intento por ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

¡Pero qué injusticia e insensatez! Quizá para el resto de los comensales este episodio no tenía nada peculiar. La historia, de alguna manera, se ha repetido desde que los niños asisten a la escuela. La maestra señala las fallas de los alumnos, éstos intentan explicarse, pero la maestra les calla con el implacable “hubieras preguntado”. ¿Pero acaso nadie se da cuenta que esto es una aberración? ¿Quién fue el idiota que les hizo creer que la duda era la naturaleza del error?

A veces me sucede que, al equivocarme, me amonestan porque no pregunté. Si de por sí errar es una cuestión poco placentera, resulta peor cuando, además, uno se encuentra en la difícil posición de defenderse de una falsa acusación. “¿Por qué no pregunté?” me dan ganas de decirles a aquellos que creen que esa frase pone la última loza sobre la cabeza de su víctima. “Porque no dudé” me ardo en deseos de gritarles.

La naturaleza del error no se encuentra en una vacilación. Si el error tiene consecuencias tan graves, es porque es una de las certezas más firmes que existe y, aunque se aparta de la realidad, no deja por ello de ser una convicción.

Se dice que errar es parte de la condición humana, desde pequeños incluso se nos inculca que “no somos perfectos” y que es indispensable aprender a aceptar nuestros errores. Si nos molestamos cuando se nos llama la atención, el mundo interpreta que no tenemos la humildad suficiente para reconocer nuestra pequeñez; y cuando damos explicaciones para exponer la causa de nuestro error, invariablemente estas razones se interpretan como pretextos.

Sin embargo, poco escuchan las razones los que cuestionan el error. No son capaces de dilucidar la firmeza que radica en el “creer” o “pensar”. Es probable que ellos, a su vez, se molesten cuando un tercero les responda cuando yerran, que mejor hubieran preguntado, y sentirán la bilis carcomiendo su estómago y subiendo con acidez a través de su esófago sin comprender la verdadera razón por la que se molestan.

Sucede que el enojo inherente a la reacción no es por no aceptar el error ni por la terrible sensación que acontece cuando una se da cuenta que se ha dejado despistar, sino porque uno no tiene armas suficientes para defenderse de lo falso.

Si un médico en un quirófano amputa la pierna equivocada del paciente, sus colegas en el quirófano podrían aseverar sin

mentir que el doctor jamás dudó durante el procedimiento. Ciertamente es que después podrá remorderle la conciencia, y, en efecto, si se siente culpable, lo estará por la sensación de certeza que le invadió al posicionar la segueta sobre la pierna derecha, en lugar de la izquierda.

Si los errores se desprendieran de la duda, de poco se podría sentir culpable un ser humano de valía que comete un craso error. Simplemente respondería a las acusaciones con un débil “dudé”, que lo excusaría de haber actuado mal. Pero en ningún momento esto es así, y si bien en algunas ocasiones hay una duda indirecta capaz de influir sobre la cuestión, ésta es muy lejana y jamás es la fuente del error. Si un transeúnte se debate entre caminar hacia la derecha o la izquierda y, en consecuencia, duda, dicha interrogante no es la causa eficiente de errar el camino, pues bien sabido es que la duda paraliza. La fuente de su error estribará, más bien, en las razones que conducen al sujeto a decantarse por la izquierda, en lugar de la derecha, siendo la derecha la senda correcta.

El acto de errar es, por tanto, un acto positivo, fuerte y poderoso que se fundamenta en razones tan sólidas como un acierto y que no admite recriminar al que se equivoca por haber dudado. La falta radica simplemente en dejarse convencer por razones que no tienen sustento en la realidad, lo cual, de por sí, hiere el orgullo de cualquier ser humano consciente de su actuar pues poco mérito puede haber en sucumbir a la fantasía cuando se pregona inteligencia.

El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, define el error como “(i) Concepto equivocado o juicio falso. (ii) Acción desacertada o equivocada. (iii) Cosa hecha erradamente.”; y define el verbo errar como “(i) No acertar algo. (ii) Faltar a alguien, no cumplir con lo que se le debe. (iii) Andar vagando de una parte a otra, (iv) Dicho del pensamiento, de la imaginación o de la atención: divagar”.

Como queda patente, en ningún momento se define el error como una acción que sucede a una duda, un actuar vacilante o una consecuencia de dudar. Deviene interesante también analizar el término en idioma inglés que, aunque se emplean las palabras “*error*” y “*mistake*” aluden a un hacer o pensar equivocado, el primero generalmente atribuido a falta de conocimiento y el segundo a un actuar de manera accidental o no intencional, y cuyas definiciones en el diccionario de Cambridge no lo relacionan tampoco con la palabra duda.

Un ejercicio de categorización interesante se encuentra en un manual de la Autoridad de Seguridad Ambiental de Australia.¹ La *National Offshore Petroleum Safety and Environmental Management Authority*. Ahí se cataloga el error humano y se menciona que éste se divide en A) errores basados en habilidades (*error*) y que puede deberse a un desliz o un olvido; y en B) errores (*mistakes*) que pueden basarse en reglas (la incorrecta aplicación

¹ <https://www.nopsema.gov.au/resources/human-factors/human-error/>

de una regla, la aplicación de una regla equivocada o la falta de aplicación de una regla) o en falta de conocimiento.

En este esquema queda claro que uno puede equivocarse por diversas razones, entre ellas: no poseer la habilidad o el conocimiento adecuado, un descuido, un olvido o la incorrecta aplicación de una regla. Nótese cómo en ningún momento se menciona el tener una duda. La naturaleza del error puede ser, por tanto, multifactorial, pero siempre estará sustentado por razones; pues incluso un olvido, llega a ser una razón que, aunque no siempre justifica, explica el actuar.

¡Qué tristes están entonces todos cuantos se equivocan y son arrojados a un juicio inexorable donde se les acusa de dudar! Más tristes y molestos están cuando sus explicaciones “creí”, “pensé”, “no pensé”, “olvidé”, “no consideré”, se toman por los injustos verdugos como excusas sin entender la verdadera naturaleza del error. ¿Cómo es posible demostrar en ese juicio absurdo un hecho negativo? ¿Cómo convencer que no se dudó al momento de errar?

Sale ahora el adolescente del baño. Sus ojos muestran que ha llorado y yo sé bien que ni él sabe por qué. Está molesto, en primer lugar, consigo mismo y en segundo lugar con su madre, pues ésta no escuchó sus argumentos, ni se interesó en el contexto que le orilló a tomar la decisión. Lo miro regresar a la mesa, donde seguramente ofrecerá disculpas y su madre le felicitará por haber aceptado sus equivocaciones. Yo, en cambio, entiendo que la madre ha sido injusta, aunque no podamos increparle su error, pues

si ha actuado de manera tan dura contra su hijo acusándolo de algo indefendible que no se sustenta en ninguna lógica, no ha sido por dudar, sino por estar firmemente convencida de que la duda es la fuente primaria del error.

CONTROL

RELATO

DIANA CAROLINA RAMÍREZ MAYORAL



Desde que nació, Maya fue educada para ser una buena niña, en cuanto pudo caminar sin caer sus padres la inscribieron al ballet para que aprendiera cómo debía manejarse una “señorita virtuosa”, cualquier cosa que significara la frase favorita de su madre. Conforme fue creciendo, sus obligaciones también lo hicieron, los lunes después de la escuela clases de piano, martes y jueves clases de inglés, los miércoles regularización en matemáticas, y por fin, las tardes de los viernes y las mañanas de los sábados se la pasaba parada en puntas en una gran habitación forrada de espejos.

Cada uno de los aspectos de su vida estaban planeados, comía según la dieta que dictaba el nutriólogo, sus actividades se basaban en los resultados que obtenía en sus evaluaciones bimestrales y sus amistades eran hijos de personas que ayudaban al desarrollo del trabajo de su padre. Cada uno de sus pasos estaban dirigidos hacia el futuro brillante que se esperaba de ella, por lo que cada día debía de esforzarse en no perder el camino.

Con veintidós años estaba por terminar, con mención honorífica, una carrera que en otras circunstancias nunca hubiera estudiado, contaba con gran experiencia laboral conseguida por los

trabajos en los que su padre la había colocado y, sin duda alguna, se había forjado una buena reputación, pues era el referente de virtuosismo para cualquier persona que la conociera someramente, era una excelente oradora que cautivaba al hablar, citando a los grandes filósofos y vinculándolos con temas de actualidad.

Toda la gente, incluidos sus padres, veían sólo la figura que se esperaba de ella, nadie sabía de las pastillas que tomaba para poder dormir después de un largo rato de llorar en su habitación, ni que, en vez de estar en sus clases de italiano, se encontraba con su nuevo psicólogo, el único pilar en el que podía sostenerse. Maya estaba consciente de que las exigencias de sus padres provenían del amor, incluso ella se sentía satisfecha cuando en cada una de sus actividades volvía a triunfar, a pesar de eso, muchas veces su vida le parecía una tarea imposible.

Aquella mañana, un sonido inusual la despertó, abrió sus ojos con pesar y lo primero que vio fue el reloj que marcaba las cinco y cuarto de la mañana, quince minutos antes de la alarma, cuando se levantó y fue a la ventana descubrió que la había despertado el gato de los vecinos, quien rascaba el vidrio pidiendo entrar, ella se sorprendía de como un animal tan pequeño podía subir muros tan altos. Como no tenía caso volver a la cama quince minutos, decidió comenzar su ritual matutino de todos los días, salir a correr al parque que se encontraba a unas cuadras de su casa, regresar para desayunar, bañarse y prepararse para salir.

Llegó a la escuela a tiempo, sin embargo, no podía entrar al aula, ya que desde que había salido de casa, su teléfono no dejaba de sonar por mensajes y correos del trabajo y sus otras actividades. Tomar un café tranquilamente era un lujo que se podía permitir muy pocas veces, tenía que correr a todos lados cumpliendo sus deberes manteniendo un semblante sereno, claro está, pues eso es lo que corresponde a una señorita virtuosa.

No habían pasado ni dos horas que el sol había salido y sus tareas parecían multiplicarse, uno de los trabajadores de la empresa había mandado un correo informando que se encontraba enfermo y no se presentaría a trabajar, por lo que era necesario que Maya

terminara con la síntesis de los informes para la junta a medio día, como si ella no tuviera trabajo y estuviera recuperándose de la gastritis nerviosa de la que no se tomó descanso; también le había escrito el profesor de ballet a quien había prometido ayudar con la renta del teatro y la difusión para la próxima presentación.

Entró al seminario de tesis donde le esperaban los comentarios a las modificaciones que había realizado la última vez, sin embargo, no auguraba nada bueno, había cambiado de asesor tres veces y no parecía avanzar, al parecer su investigación era superflua y nada innovadora, lo que significaba que el tiempo invertido en tantos semanarios y cursos habían sido tiempo perdido, aunque más bien, el tema no le interesaba, como el resto de sus actividades; de hecho, no podía recordar una sola vez en su vida que hubiera realmente gozado lo que hacía, que sus entrañas se calentaran y todo su cuerpo pareciera vibrar de dicha, por eso se sentía culpable, era consciente de los privilegios con los que vivía, así que no parecía correcto quejarse.

Entonces, se rindió. Se sentó en las butacas que lucían abandonadas en un pasillo de la Universidad, se quedó mirando la ventana, como si de pronto la solución a sus problemas pudiera asomar por ahí y darle un descanso, cuando vio a la mujer que se había sentado a su lado, lucía algo mayor, pero las arrugas de sus ojos pasaban desapercibidas ante esos ojos llenos de energía y labios que no perdían la oportunidad de sonreír, su ropa parecía desgastada al igual que sus manos, pero a primera vista, uno podía decir que era alguien divertido que había puesto lejos el qué dirán.

-No se cuánta experiencia o cuánto sepas de los hombres- De la nada, aquella mujer comenzó la plática, naturalmente, como si fuese el acto que seguía en una obra teatral de la que ella no era consciente y sin embargo de la que participaba.

-No mucha, a decir verdad- Maya tardó en contestar, pues no estaba segura del sentido de esa pregunta.

-Pues de lo que yo me pude percatar a lo largo de mi vida, es que su máximo objetivo es impactarte-

-Creo que no lo entiendo-

Sí, dejarte huella, marcarte. – continuó la mujer- Lo entendí cuando tenía más o menos tu edad. A mis 20 años, aún no comprendía porque todo el mundo hablaba maravillado del mar, y no porque fuera una persona desinteresada o apática, sino que jamás había tenido la oportunidad de ir, entonces no entendía la insistencia de varios muchachos de llevarme a tal lugar. En mi familia era un logro llevarnos algo a la boca, y para estudiar, desde pequeña tuve que buscar cómo ganar dinero, tuve suerte, siempre encontré la manera y entré a la universidad. Una vez acepté la invitación de un amigo para visitar tan dichoso mar; aunque no estoy segura del por qué accedí, en esos tiempos estaba muy mal visto que una señorita no durmiera en casa, pero en la mía había los suficientes problemas como para que importara dónde dormía yo.

Recuerdo que, tras horas de viaje en el autobús, mi cuerpo ya no resistía, mis oídos zumbaban por los cambios de altura y mis músculos pedían a gritos ser utilizados nuevamente; tan centrada estaba en mis males que no me di cuenta en qué momento el paisaje de la ventana había cambiado, ya no estaba el verde sino un azul que parecía infinito con el cielo. Aquel amigo se encontraba a mi lado junto a la ventana, como tú lo estas ahora, estaba entretenido con la música de sus walkmans, toqué su brazo para que me mirara y señalé a la ventana. Ese fue uno de los momentos más raros de mi vida, él miró a la ventaba, como comprobando a qué me refería, se humedeció los labios, se acomodó en su lugar y después de un silencio solemne me dijo como quien anuncia la entrada de un gran músico:

-Eso es el mar-

A pesar de lo ridícula que me había parecido su actuación, en cuanto terminó la oración, sentí como las lágrimas se me salían, seguí sin apartar la vista de la ventana mientras tenía una gran emoción, mi cabeza se vació de todo lo que remolineaba en ella

incluyendo las razones por las que estaba sentada en ese lugar. El azul del mar se confundía con el azul del cielo haciendo que esa delgada línea se viera como el fin del mundo.

Cuando me paré en la orilla del mar, y sentí la arena en toda la planta de los pies y el vaivén de las olas, no pude evitar reír sin parar, como hace mucho no lo hacía, y como era típico de mí, volví a perderme en mis pensamientos, rememorando y dándole vueltas una y otra vez a las mismas cosas. Creo que ahondar en tu alma buscando respuestas a preguntas que previamente ya habías contestado es como adentrarte en el mar, pues a pesar de que sabes que en la profundidad hay la misma agua salada que en la orilla, continúas caminando hacia el fondo donde habitan las criaturas peligrosas que no quieres encontrarte. En eso estaba pensando cuando creí que mi visión estaba fallando, o al menos eso pensé al inicio, pues mi amigo se veía realmente borroso desde ahí, como si estuviera muy lejos de mí. Y en verdad lo estaba.

Al parecer las olas me habían arrastrado y mi cuerpo sólo flotaba en la dirección que ellas lo arrastraban. Comencé a entrar en pánico; si no lograba acercarme a la orilla no había duda de que moriría ahogada, ya sea por mi incapacidad de seguir flotando, o a causa de una gran ola, o, quizás, tragada por una bestia marina como en los cuentos; de pronto me vi envuelta por una gran ola que me hundió, me resultaba imposible pensar que moriría de esa forma, estúpida, podía imaginar los titulares de las noticias del día en el periódico local, hablando de mi lamentable imprudencia.

Esos momentos fueron extraños, pues el tiempo parecía pasar rápido y lento a la vez, recordé las innumerables veces en las que caí y todo el mundo me daba la espalda, no había más opción que levantarme y sacudirme el polvo para seguir andando. Desde luego, era más fácil dejar de pelear contra el mar, vivir es más difícil, pero nosotros somos responsables de nuestra propia existencia y propósito, y hacía tiempo que yo ya había decidido tomar el control y dejar de vivir envuelta en quejas y pesadumbres.

Entonces, volví a ser consciente de mi cuerpo y pude salir a la superficie para nadar a la orilla, fue difícil pues, a pesar de la fuerza que ponía en avanzar, el agua seguía tratando de llevarme

con ella al fin del mundo, cerca de la orilla escuché claramente los gritos de mi amigo, “sigue nadando, casi llegas” me repetía, y así lo hice, cuando mis pies volvieron a tocar la arena y pude caminar dificultosamente por el agua, aquel amigo llegó hasta mi envolviéndome con una toalla y preguntándome si me encontraba bien, si debíamos ver un doctor y lo preocupado que había estado por mí.

Desde ese día un escudo se activó en mi interior y fui capaz de mantener el control de mi persona y de mi vida, la mayor parte de las veces, claro está.

- ¿Cómo sabía que tenía el control? - Maya no podía creer que existiera un momento mágico como cuando aparecía el *deus ex machina* y la vida del protagonista se arreglaba, ella había trabajado años y no parecía estar cerca de la respuesta.

-Cuando me di cuenta que no tenía que ocultar más el llanto.

Después de meditarlo, aquella mujer respondió toda una vida de contradicciones aprendidas en una frase. Maya se levantó, agradeció por la plática y fue directo al ballet, nunca, jamás nadie la vería otra vez de puntas y ese sería el inicio. Para sus padres, para sus cálculos y expectativas, lo que tendría, sería un acre frasquito de lágrimas.

ESCRIBE DESDE EL CORAZÓN

RELATO

LUCERO MEDRANO



Ese libro a través del cristal evoca un mar de sentimientos y recuerdos, el más nítido e imborrable es aquel niño de tan sólo 7 años, que conociendo una mínima parte del mundo ya deseaba escribir acerca del mismo. Nada me emocionaba tanto cómo transmitir a través de las letras lo que yo percibía de este Universo tan complejo, todo comenzó cuando en tercer grado mi profesor dejó como tarea elaborar un pequeño cuento, al principio me encontraba demasiado desorientado y confundido, recuerdo haber cambiado el Título más de 5 o 6 veces por qué ninguno me convencía lo suficiente, después el desafío fue elegir a los personajes y optar por un buen final que le diera sentido a la historia, demore 3 días para finalizar mi tarea y cuando por fin estuvo lista quería que todo el mundo la leyera, corrí y le pedí a mi madre que me diera su opinión, después lo hice con mi padre, abuelos, tíos e incluso un vecino, era una emoción indescriptible, el hecho de saber que alguien más leía una creación mía, me llenaba de orgullo y satisfacción.

Llego el día esperado y con gran emoción presente mi tarea, no recuerdo haberme esforzado tanto en algo a esa edad como lo había hecho con ese pequeño cuento, el profesor me dio una buena nota ya que además de la redacción había agregado algunos dibujos y eso ayudo, pero la desilusión no tardaría en llegar, el profesor pidió que aquellos que desearan hacerlo compartieran con los demás compañeros el cuento, sin dudarlo pase al frente y comencé a leer cada párrafo, me esforcé mucho por dar la entonación adecuada para que todos pudieran apreciar mi obra maestra pero no fue así, cuando iba en la tercera línea algunos comenzaron a murmurar hasta que a lo lejos se escucho una risa incesante, fue entonces cuando la inseguridad me invadió, comencé a tartamudear y termine por salir corriendo con las mejillas húmedas por las lagrimas que habían recorrido mi rostro desconcertado, detrás de mi salió el profesor y trato de calmarme pero mi frágil corazón y mis grandes expectativas estaban destrozadas por el nulo tacto de los chiquillos de mi edad, hoy a mis casi 30 años, pienso y me rió de esa “desagradable” anécdota, aunque reconozco que en ese entonces fue demasiado para mí el hecho de lidiar con la opinión negativa de los demás niños, el miedo al rechazo genero una inseguridad con la que tuve que lidiar varios años después, incluso deje de escribir y pensé que mi talento debía ser otro aún vedado a mi entendimiento pero no el de la escritura.

Así sin más termine la educación básica, y al comenzar el bachillerato me limité a escribir algunos ensayos propios de las labores de estudiante, escribía cuándo era una obligación hacerlo pues debía entregar alguna tarea o trabajo final pero a pesar de ello era innegable lo liberado que me sentía al hacerlo, disfrutaba esa actividad, lo sabía pero me era difícil reconocerlo. Hasta que conocí a Harumi durante el segundo grado, ella era lo opuesto a

mí, una chica segura, audaz y extrovertida, pero sobre todas las cualidades era una persona demasiado justa y humana, jamás la vi juzgar o hablar de otra persona, tenía un respeto inmaculado por cualquier ser humano y gracias a ella retome el gusto por escribir e hice de esa actividad mi pasión.

La primera vez que la vi fue por accidente, estaba por entrar al salón de clases, había comenzado el semestre, mis ojos se encontraron con los suyos, su mirada me detuvo el corazón y al pasar los meses su esencia me cautivo, las nuevas emociones derivaron en un par de poemas y versos, escribir era mi forma de expresión y comunicación con los demás, pero el pensar en aquella vivencia de la infancia me hacía replantearme si era lo suficientemente bueno como para tomar en serio aquello que no era más que un mero pasatiempo. El tiempo transcurrió y mi fascinación por Harumi fue aumentando, la escuela valía la pena por ella, me gustaba más allá de lo físico, tenía una forma de ser cautivadora, su determinación para luchar por aquello que le apasionaba me hacía admirarla como a nadie más, gracias a un proyecto final comenzamos a hablar y posteriormente nos volvimos amigos, no podía estar más agradecido por lo que me acontecía.

Después de más de 6 meses de conocerla, un día estudiando en la biblioteca, no podía sacarla de mi mente, así que, sentí unas ganas terribles de escribirle una carta, sin dudarle hice los libros que consultaba a un lado, saqué una hoja de papel y tomé el bolígrafo, no escribí dedicatoria, ni nombre alguno, así si por accidente alguien más la leía, nuestras identidades permanecerían a salvo.

*Tu existencia hace más llevadera la
mía, conocerte sin siquiera
planearlo*

*fue la coincidencia más
maravillosa que me ha acontecido,
el tiempo es demasiado corto para
contemplarte,
no podría encontrar una palabra
que definiera todas y cada una de
tus cualidades,
pero sí aquellas que definen lo que
yo siento por ti, amor y
admiración, no podría amar a
alguien que no admiro, una es
parte de la otra, eso es
precisamente lo que hace único y
especial al ser amado.*

Al terminar la diminuta carta la doblé y guardé en el libro de física que leía con motivo de los exámenes trimestrales, transcurrieron un par de semanas y olvide por completo aquella carta, así que devolví el libro a la biblioteca sin mayor preocupación, me di cuenta de mi fatal error una semana después al ver publicado aquellos párrafos en el periódico escolar, comencé a hojearlo hasta que al leer las líneas mi pulso se aceleró y el sudor rodeó mi frente, lo primero que pasó por mi mente fue saber quién lo había encontrado y publicado, pero indagar de más podría revelar mi identidad, y precisamente eso era lo que quería evitar a toda costa, así que le pedí a mi hermana menor que fuera al periódico escolar con una excusa bastante buena para poder conocer el origen de ese escrito de autor desconocido. La información obtenida, ciertamente fue incipiente e ineficaz para mis fines, así que no tuve más remedio que dejar pasar esa embarazosa situación, o por lo menos eso pensé, hasta que una mañana de febrero mi profesor de redacción la leyó frente a la clase, dijo que le había parecido bastante buena y que era una pena no saber quien la había escrito, *-lo único que sé, es que la encontró una chica dentro de un libro y le gusto tanto que decidió compartirla con todos, esperando encontrar a su creador, ojalá así sea,* mencionó. Palidecí, y salí directo al baño, toda esa situación me agobiaba, no podía concentrarme en nada, dormía mal, y solo pedía no ser expuesto, la inseguridad que había albergado desde la infancia me invadió con

más fuerza, y finalmente dos semanas después, Harumi me contó que al encontrar el papel lo llevo al periódico escolar con la posibilidad de que su autor saliera a la luz, *-más no creo que suceda, comentó, es difícil lidiar con la opinión de las personas, es razonable-*, añadió. No supe que decir en ese momento, así que solo asentí.

Las vacaciones llegaron, me sentí aliviado, más no tranquilo, el tiempo libre me permitió pensar en miles de supuestos y posibilidades. Viajé 300 km hasta una pequeña cabaña en una zona boscosa, propiedad de mis abuelos, cada mañana salía a caminar, podía sentir el viento frío golpeando mi rostro, el verde follaje de los árboles traspasaba mis pupilas y aquella calma que immortalizaba el tiempo me permitió darme cuenta de lo increíble que era vivir, tenía tantas posibilidades y habilidades, y yo me limitaba a darle absoluta importancia a las opiniones externas, el miedo invadía y paralizaba mi ser, así que visualice lo que sería mi vida en diez o quince años, sí no adquiriría el valor para superar una opinión desagradable o para enfrentar los sinsabores de la vida. Leí algunos libros de inteligencia emocional y trate de ser consciente de lo que anhelaba, sin importar lo que me rodeara, jure hacer de los años venideros la mejor oportunidad para ser, la vida es breve, nuestro destino incierto, así que la mejor decisión es disfrutar y hacer aquello que te apasiona *pensé*, he sacrificado mucho por tan poco. Así entendí que lo que me había impulsado a escribir era satisfacer a los demás y ese no era el fin, yo debía escribir por mí, para mí, para satisfacer mis propias expectativas, superar mis límites, *-si a mí me encantaba y lo disfrutaba-* seguramente alguien compartiría ese sentir, pero debía estar abierto a las diversidad de opiniones, a aquellas enriquecedoras y desalentadoras, al final todas me ayudarían a crecer. Recordé cuando mi profesor secó mis lagrimas y me dijo *-nadie es tan bueno en el primer intento, son la determinación y constancia las que te llevarán a los lugares soñados-*.

Pasados esos 60 días regrese a clases, las cosas se habían normalizado, los seres humanos olvidamos pronto, ese es nuestro defecto, incluso olvidamos que un día solo seremos recuerdo,

conocí nuevos profesores, compañeros y revise la lista de asignaturas, aún no había podido ver a Harumi, pronto me di cuenta que no compartiríamos el salón de clases ya que había tomado horarios distintos para poder llevar a cabo nuevos proyectos. La encontré en la cafetería y platicamos un par de minutos, le pedí vernos otro día y acepto.

Un martes 10 de julio comimos y platicamos por largo tiempo, casi al final de nuestra platica le hice saber que yo había escrito la carta que había encontrado dentro del libro, esperaba que se asombrara pero eso no sucedió, - lo sé- dijo, entonces el asombrado fui yo, -¿Cómo?- pregunté, -fue demasiado sencillo saberlo- contesto, conozco tu letra y cada que alguien hablaba del tema buscabas esquivarlo,

-¿Qué vergüenza?- añadí, -no hay problema-, te comprendo mejor de lo que te imaginas, en el fondo, todos tenemos miedo a que los demás lastimen nuestros sentimientos y rompan nuestras ilusiones, por eso hay que aferrarnos a ellas y tratar de escuchar no el ruido exterior, sino lo que dicta nuestro corazón y razonamiento, siempre sabremos que es lo mejor, dijo Harumi.

Su respuesta me motivo aún más, pasamos una tarde increíble, después de varias citas, le confesé mi amor, emprendimos juntos una relación que prospero un par de años, después cada uno eligió su camino, pero el cariño siempre perduro, durante mi corta adolescencia aprendí dos lecciones importantes la primera, honrar la vida haciendo lo que amas, la segunda, cada persona llega a tu vida con un propósito, Harumi me ayudo a encontrarme a mí mismo, redescubrir mi pasión y luchar por ella a toda costa, sin importar lo que el mundo diga, hoy después de ganar varios concursos de literatura, sigo haciendo lo que más amo, transmitir parte de mi vida en cada línea, en cada palabra y verso plasmado, el recuerdo de Harumi me acompañará siempre, es parte de la inspiración, mi gratitud se la muestro al estar dentro de las dedicatorias de mis libros, siempre habrá un lugar para ella.

HAIKU

POESÍA

LUCERO MEDRANO



Noviembre mío

Otoño añorado

Hojas caídas.

Un brillante sol

Las coloridas flores

Verano, julio.

UNA HISTORIA COMÚN

RELATO

PAOLA LÓPEZ



Camino a casa.

La vida sorprendiéndola a cada instante, las últimas palabras de Emilio fueron de desamor, habían tenido una discusión matutina más grande que de costumbre, él se marchó al trabajo dando un portazo que sonó más fuerte que el sonido del tren al pasar cerca de casa; casi no recordaba el motivo pero seguro tenía que ver con el interminable horario laboral, su ausencia en casa agrandaba la brecha entre ellos, se avecina el abismo.

Todo era un ir y venir, luchas internas entre ser una mujer laboralmente exitosa o una madre ejemplar o una esposa intachable, todo en el mundo del deber ser, por qué ser mujer era tan agotador, se secaba el pozo de la paciencia y la motivación; de pronto, otro caso jurídicamente hermoso llegaba a sus manos, -olvida lo demás- se dijo; recordó de pronto la metáfora que refería su maestro de solfeo, *“cuando llegues a la clase, cambia el cassette de colegio por el de la música y disfruta”*, ahora a enfocar el lente y atacar la nota, o bien dentro del contexto, a desenredar la madeja de situaciones que implicaba el caso.

Se terminó el día laboral, charlaba unos minutos con su jefe acerca del desarrollo de las audiencias del día, datos, dudas, comentarios acerca de errores, sugerencias para su mejor desempeño; comenzó a guardar sus cosas, apagó la computadora y verificó la agenda del día siguiente.

No usa auto, le conviene el metrobus dirección Tenayuca - Etiopía, hay poca gente, tomó uno de los asientos cerca del conductor en el transporte para mujeres, le hace sentir segura ir con las de su género, aunque sabe, que el peligro está en quien menos se piensa; no importa, comienza el regreso a casa.

Se da un momento sin el dispositivo móvil, descansa los ojos, viendo la Avenida Vallejo, está llena de autos, gente que al igual que ella, emprende el retorno al hogar, avanza con la rapidez de la que goza el carril único del metrobus, imagina qué pensara la gente a mi alrededor, escucha algunas pláticas de los pasajeros, peleas al teléfono, palabras de amor entre las parejas, risas de niños, silencios de los ensimismados que al igual que ella, van solos; se hace tarde, comienza a caer el sol, prende la música y saca un libro, casi siempre lleva alguno en la bolsa para gozar del momento, es largo el trayecto, pero lo disfruta.

Última parada, todos deben desalojar el vehículo, solo falta un último transporte, es más complicado pues todos parecen ir al sur, llega a casa, anuncia su llegada, la reciben dos parlanchines, saltan a ella, muchos besos y la alegría de volverse a ver. Mañana seguirá de nuevo la rutina, hoy solo resta regocijarse de sus mundos.

Emilio

Apenas llegó a la hora tolerada antes del retardo, tres de ellos implicaban un descuento de un día, para muchos no era nada, para

él, menos helado el fin de semana, alguna cuenta de servicios no cubierta, un libro no adquirido, problemas...solo problemas.

Lo gris de su cara no era el estrés del trabajo, lo duro de su corazón no eran los desamores, no, era solo la vida rutinaria alejada de las tardes de parranda con los amigos, la música, el baile, los chistes, todo eso que dejó contra su voluntad cuando se casó con Arlette.

Mientras se servía café de la estación de servicio, pensaba en aquellos trajes caros que solía comprarse, zapatos, cartera de piel, todo eso que había quedado atrás por comprar pañales, leche, cubrir gastos, etcétera.

Venía de una familia disfuncional, el primero de dos hijos, su padre un taxista, borracho y mujeriego, su madre hija de familia sin estudios, deslumbrada por el típico galán que le llevaba flores, chocolates, serenata, en esos tiempos en los que el sueldo de ruletero alcanzaba para todo, en especial para contraer matrimonio.

La vida paso, pero era cierto, la mujer sola, sintiendo la ausencia, deja entrar al amante atento, y bueno, eso pasó; Emilio fue abandonado cuando apenas tenía cinco años, su hermana tres, se quedaron con un papá devastado, resentido con la vida, triste y colérico a la vez.

No había otra forma de crecer, carente de amor, dependiente emocional de todas las mamás que encontró a su alrededor, abuelas, tías, novias, cualquiera que le diera afecto a cambio de casi nada, quedarse a su lado.

Terminó la universidad y entró al despacho de su primo, sin titularse pasanteaba y ganaba lo necesario para su subsistencia, a sus treinta años aún vivía con su padre, quien volvió a casarse y tuvo una nena, nueva hermanastra. Su hermana, salió de la secundaria y se embarazó de su primer novio, su sobrina, su primer contacto con el cuidado de un bebé.

Tiempo después, el destino, lo acercó al lugar donde conocería a su actual esposa, ella, una burócrata con horario de nueve a tres en una oficina, abogada con alma de músico, eterna apasionada de la lectura, del arte, del amor; un tiempo se dedicó al hogar, pero su espíritu libre no la dejó anclarse a las cuatro paredes, eso y el poco presupuesto de Emilio, quien se ahogaba poco a poco entre las deudas impagables, los prestamos, los fraudes que había tenido que hacer para lograr la subsistencia de sus dos pequeños y de ella, la amaba pero a veces tenía la certeza de que estaría mejor sin él; aunque temía las demandas de pensión, los problemas legales que ya de por sí arrastraba. Mejor ahí, hasta el momento de no tener otra salida, viendo a sus hijos, pero sobre todo a ella crecer, pronto, él sería un estorbo en vez de un apoyo, ya no le alcanzaba, el tiempo se agotaba, tic, toc.

La tarde del fin.

Que genialidad de trabajo, le permitía ir por los niños a la escuela, primero por Ana, guardería, llegaba en el transporte público, caminaba una cuadra y tocaba el timbre, la maestra la recibía e iba por la niña, su pequeña voz que resplandecía como la música más bella, le gritaba desde el salón: ¡mamá, llegaste mami!, la reconocería a kilómetros. Se aproximaba su cumpleaños y había planeado llevar el pastel y los dulces ahí para que la pasara con sus compañeritos, llena de ilusión lo comentaría hoy con la directora, quien coincidentemente se aproximaba.

Le dijo, “señora, buena tarde, disculpe que la aborde así pero hay algo que tiene que saber, desde mañana Anita no puede entrar a la escuela”, sorprendida, preguntó el porqué, era simple, se debían ya tres colegiaturas, no podían esperar más. Totalmente

desconcertada, recordó haberle dado el dinero a Emilio, ella pagaba la escuelita de la niña, él la de Samuel, su otro hijo. Pidió prorroga, y la maestra develó un secreto aún peor, “señora, claro que le doy tiempo, yo sabía que usted desconocía la situación ya que su esposo vino a llorar para que no le dijéramos nada, y prudentemente no lo hice, sin embargo, no puedo esperar más”; sintió un hueco en el estómago y un alfiler delgado atravesando el corazón...

Era tiempo de ir por Samuel, tenía miedo de ser recibida con la misma noticia, era diferente, se voceaba con un micrófono al niño y lo entregaba su maestra, su sonrisa de sol la abrazaba y su mirada le iluminaba la vida, le dijo compren algo en la tiendita, le dio dinero a Sam y los encargó con una de las maestras, quien amablemente se ofreció, mientras ella subía a dirección.

Las escaleras temblaban, cada escalón representó un tremendo esfuerzo, el corazón latía a mil por hora, solo era un piso, pero subió sudando como si hubiera corrido el maratón de Nueva York, pidió hablar con la dueña, preguntó si tenía adeudo en las colegiaturas, la situación era peor, la maestra describió que eran cinco, que incluso le había sido negado el acceso al niño aproximadamente cinco veces, nunca había regresado a casa, donde lo había llevado Emilio, en que había gastado todo ese dinero que era prioritario, jamás lo supo, solicitó el mismo plazo de gracia, alcanzaba con un préstamo del trabajo para liquidar todo, la escuela aceptó y pidió le avisaran a ella si el niño no asistía.

De regreso a casa, compraron un helado, cantaron canciones, disfrutaron la tarde como nunca, ella fue ese día, la madre más amorosa del mundo, después del ajetreo del día, fueron a dormir temprano cansados de la alegría. Papá llegó muy tarde, como si presintiera lo que iba a pasar. Ella lo esperaba en la

recamara, ya en pijama, sus palabras fueron “ya no te amo, me mentiste y no sé quién eres o que haces, enfrenta esto o vete”, no se habló más, pasó un año.

La vida sorprendiéndola a cada instante, las últimas palabras de Emilio fueron de desamor, habían tenido una discusión matutina más grande que de costumbre, él se marchó al trabajo dando un portazo que sonó más fuerte que el sonido del tren al pasar cerca de casa; casi no recordaba el motivo pero seguro tenía que ver con el interminable horario laboral, su ausencia en casa agrandaba la brecha entre ellos, se avecina el abismo, él jamás volvió.

El abismo y la luz.

Han pasado seis años ya, los niños casi adolescentes, han dejado atrás las navidades sin él, los miedos de que mamá no volviera a la escuela por ellos, las lagrimas al ver las fotos y videos de los pocos momentos con papá, ahora ya intentando formar su carácter, edificar sus sueños, ser felices, aún con lo vivido y sobre todo por ello.

Ella, recordando esta mañana los escarpados caminos que la llevaron a verlos hoy tan estables, tan fuertes y tan hermosos, personas que aman, que suman, que brillan.

Ha logrado muchas cosas, nunca le ha faltado nada, este nuevo trabajo le viene bien, esfuerzo intelectual, estudio y análisis, hizo una maestría, un doctorado, aprendió idiomas, aprendió a hacer labores del hogar, incluso a cocinar, aprendió sicología, economía, desarrollo habilidades ocultas, bailó cada día que fue necesario para divertir a Ana, se rompió muchas veces las uñas sosteniendo a Samuel cuando aprendió a andar en bici, se ha divertido como loca, hoy, en compañía del humeante café

matutino, se siente más fuerte que nunca, sus dos compañeros de viaje amarraron bien el arnés para nunca dejarla caer.

De él, no se sabe nada, tal vez sea lo mejor, quizá su mejor contribución fue su ausencia en esta historia sin fin.

EL MILAGRO DE DIOS

RELATO

CONSTANZA BARTOLINI



Hola, mi nombre es Alexa y les quiero contar una linda historia que ocurrió hace unos cuantos años. El día de hoy yo tengo 42 años y mi hija Cristina 16, mi esposo Andrew falleció hace un mes, creí que nunca me sentiría lista para relatarles esta historia, pero me di cuenta de que podría enseñarles algo más importante que todo lo material, lo que mi esposo me enseñó, espero en el fondo de mi corazón que cuando lean esto se inspiren del gran espíritu que tuvo mi esposo.

Hace 18 años me case con Andrew, él era el hombre más amable que pude haber conocido, era respetuoso y muy simpático, nuestra boda fue el día mas feliz de mi vida, lo recuerdo como si fuera ayer, las flores que decoraban el pasillo, todos mis amigos y familiares que me acompañaron en ese día, les puedo asegurar que no recuerdo ni la mitad de las palabras que dije a causa de los nervios, pero sí esa sensación de magia y emoción. Nuestro mayor

sueño era tener hijos pero un año después de nuestro matrimonio nos dieron una noticia dolorosa, nos dijeron que no podríamos tener hijos, eso me partió el corazón. En ese momento no sabía que hacer, o cómo reaccionar, me sentía destrozada, mi esposo era un fiel creyente de la Virgen Maria y de Jesús y de cómo su amor podía sanar cualquier herida. Yo jamás creí en eso pero lo respetaba hasta que vio que me desmoronaba, decidió mostrarme su religión, poco a poco me enseñó de lo que trataba y logró mostrarme lo sanador que podía ser el amor de Dios y logré recuperarme por completo, ver que sin importar lo que no podía tener, podía agradecer y disfrutar lo que sí tengo.

Sin importar si pudiera tener o no hijos, seguí rezando y pidiéndole a Dios que me concediera el don de ser madre, así pasó un año acababa de cumplir los 26 años, y mi esposo y yo pasábamos por la calle cuando de la nada nos topamos con una caja, al verla de cerca pudimos observar que dentro se encontraba un bebé, envuelto en una cobija vieja y con una nota que decía “Por favor cuiden de ella, y denle la mejor vida que puedan, una que yo no pude darle” al leer la carta, nos quedamos atónitos, decidí cargar a la bebé, era hermosa, con su pelo negro y sus ojos cafés, una piel clara, con una sonrisa enorme, al verla Andrew y yo nos quedamos enamorados de la niña, decidimos llevárnosla y unos días después adoptarla. Al poco tiempo mi esposo me ayudó a

darme cuenta de que Dios cumplió mis deseos y me otorgó el don de ser madre.

La cuidamos, la amamos y la tratamos como nuestra propia hija, y sin importar lo que pensara el mundo o si no éramos parientes de sangre, ella era nuestra hija. Pasaron 16 años mas y un día llego la verdadera madre de nuestra hija, lo pudimos comprobar gracias a que ella describió cómo la habíamos encontrado y lo que hicimos en los días siguientes, nos había observado para verificar que su hija estaba bien, pero aun después de saber que ella era su madre biológica Cristina, mi hija, no titubeo en decir que nosotros éramos sus padres, yo estaba nerviosa antes de saber cual seria su decisión final pero mi esposo nunca se asustó porque él sabia, que Dios la había puesto en nuestras vidas por alguna razón, y tuvo razón, el me enseñó que sin importar lo que pasara ella era mi hija. Pasó un tiempo y Cristina ya tenía sus 16 años, yo estaba muy orgullosa de la mujercita dulce, amorosa y amable en la que se había convertido. Mi esposo murió al poco tiempo, pero dejó una nota que decía “Mi amada Alexa, siempre fuiste una mujer decidida, amable y amorosa, el único amor de mi vida, fuiste terca e incluso a veces con ideas muy cerradas pero lograste abrir tu mente y dejaste que te enseñara lo sanador y lo increíble del amor de Dios. Mi adorada Cristina fuiste el milagro mas hermoso, un regalo y un don, pase lo que pase y sin importar lo que diga la gente tu eres y siempre serás mi hija. Deben de

recordar que sin importar qué me pase siempre estaré cuidándolas.” En ese momento el dolor que sentía desapareció y mi corazón se llenó de alegría y felicidad ya que mi esposo fue un gran hombre y se que sin importar que él estará junto a Dios en el cielo cuidando de mi y de Cristina.

Un hijo no siempre comparte nuestra sangre y el amor que les tenemos los convierten en nuestra familia, nunca estamos solos, yo sé que mi esposo me pudo dejar en el momento en el que me desvié pero me ayudo, me apoyó y me acompañó, me enseñó que el amor de Dios es el poder mas grande que existe y que no importa lo que pase, siempre contaremos con el para levantarnos y ayudarnos a seguir.

TRISTE HISTORIA DE UN AMOR EN TIEMPOS DEL BICHO DE MODA

RELATO

IRMA ANGÉLICA VARGAS



Era un viernes de esos que a veces pueden ser los más tristes, de esos en los que suceden cosas inesperadas, viernes 22 de enero de 2021, uno de esos que antes de la existencia del bicho de moda. De esos días tan lindos y románticos, para Coccinelle y Karl, llenos de amor y muchas risas, a veces de enojos esporádicos, otros locos, de esos que cuando empezaba el día, se anhelaba dieran las 15:00 h para comer juntos y en ocasiones tomarse la tarde. Los viernes eran los días más esperados para entregarse al amor, para disfrutar de una buena plática, de una buena comida, de un buen vino, un mezcal, una cerveza y a veces culminar con un carajillo o un un Martini, había que ver cuánto les fascinaba la bebida. Cuando

Coccinelle llegaba a emborracharse decía que estaba simpática, palabra que empleaba incluso cuando disfrutaba con sus amigas.

Un viernes que, para muchos otros, era un día cualquiera, tal vez sin emoción, para muchos un día igual de rutina, sin desgracia o fortuna, tan sólo plano, lo cual a veces determina que tan excepcional o extraordinaria, fascinante puede ser la vida de nosotros los humanos. Ese viernes, 22 de enero de 2021, para Coccinelle fue uno de los días más difíciles de su vida, se enfrentó a la incertidumbre de saber qué pasaría con el que fuera el amor de sus amores, Karl, pues él tenía que luchar por la misma.

Coccinelle pensó que no había sensación más dura que el saberse lejos de su amado, tal vez fue esa sensación oscura de incertidumbre, si volvería o si moriría, su día se llenó de melancolía y pareciera que el cielo se encontraba en consonancia pues derramó sus lágrimas, como si estuviera en empatía con su sentir, su ausencia la llevó a recordar su pasado cercano y fugaz y es entonces sintió que su mirada era un verdadero afrodisiaco, lo amó en silencio, sin él, esa noche, bendita noche en que se fue de su lado, con la mirada fija en la suya, como si predijera que sería la última.

Su primer impulso fue tomar el teléfono frío, sin sus mensajes, entonces fue que exclamó su nombre, hermoso nombre motivo de su ilusión y perdición, entonces entre sus sueños lo buscó y no lo pudo hallar. Hay un hecho que hay que evidenciar, su

amor era prohibido, él era casado, por ello para ella era un amor romántico.

La noche fue larga, el insomnio cayó sobre sus ojos, tal vez fueron las tazas de café, las secuelas del bicho o apenas encontrarse sin él, con la necesidad de su cuerpo, de su voz, de sus caricias, de enredarse entre sus brazos y piernas, quedarse quietecita para sentir su respiración. Encendió el televisor para sentirse acompañada y recordar esa última noche donde festejaron la vida, un año más de vida para ella, después de unas horas de llanto la venció el sueño.

Al pasar las horas la despertó el ruido de la tele en la cual se mostraba la canción que tanto escuchaban, “nos hizo falta tiempo”, momento en el que lloró y rogó a un Ser supremo su regreso a la vida, no importando que no estuviera junto a ella, sólo anhelaba su regreso de ese coma inducido, pudo imaginar su regreso, y pensó: si nos volvemos a ver, me desvelaré en tu cuerpo y nos ahogaremos en ese sudor compartido, nos amaremos sin miedo, libres, sin duda, sentiré tu piel la cual es mi muerte y motivo de vida, llevarte a través de besos y caricias a nuestro bello grito ahogado de viernes para que colmes mis adentros con tu blanco elixir de vida.

En medio de la noche, tan solo deseaba que el sol apareciera y la salvara de esa maldita obscuridad y solo se reconfortaba escribiendo estas líneas para expresar lo que sentía

cada vez que estaba lejos de Karl y pensó que lo único que podía hacer por él y por ella era abandonarse en la meditación, en la oración, en repasar cada foto que reflejaba cada instante vivido, hablar con él como si la escuchara y decirle que lo espera...

LA MAGIA DE LAS BIBLIOTECAS, ¿EN EXTINCIÓN?

ENSAYO

EMMA CECILIA LEGORRETA PADILLA



En estos días en que el emblemático recinto mejor conocido como la Biblioteca Central, signo distintivo de la Máxima Casa de Estudios, cumple 65 años se nos hace una invitación para recordar la historia de su construcción y el significado e interpretación de sus magníficos murales, pero además de ello, no podemos dejar de reflexionar sobre el hecho de que siendo una fecha tan importante no sea posible visitar este símbolo de la cultura, lo que nos lleva a experimentar una gran nostalgia en estos tiempos de pandemia.

La crisis sanitaria mundial nos ha robado varios festejos y nos ha impedido reunirnos y celebrar muchas de las fechas que consideramos indispensables e ineludibles, nos resulta difícil pensar que se pudiera vivir una Semana Santa en un país de

tradicción católica preponderante como lo es México, sin que las Iglesias y demás recintos de culto estuvieran abarrotados, este año confirmamos que es posible, puesto que por segunda ocasión consecutiva, los templos permanecieron casi vacíos y aquellas tradiciones familiares como la “visita de las 7 casas” del Jueves Santo, “el rezo del Viacrucis” y la “procesión del silencio”, en su mayoría se llevaron a cabo de manera virtual.

Entonces, no resulta difícil pensar que este 65 aniversario también se celebrara con diversos documentales y programas en su mayoría grabados antes de la pandemia y a modo de pequeño homenaje a tan importante Biblioteca y a los grandes artistas que la hicieron posible.

Este semiencierro parece estarnos alejando de aquello que más queremos y la Biblioteca no podía ser la excepción, las autoridades se han dado el lujo de determinar lo que es indispensable y lo que no y dentro de esas clasificaciones no es posible encontrar al Templo de la Sabiduría, ya lo decía Millares, para las Bibliotecas medievales a cargo de los monjes, “los códices tenían el carácter de cosa sagrada y el que guardaba los códices y reliquias era el encargado de su custodia, su nombramiento se hacía en una ceremonia solemne”, al saber eso es posible que nos imaginemos un personaje fuerte, dotado de valor, con potencial de grandeza, de reputación admirable, en resumen, alguien digno de ser nombrado guardián de lo sagrado.

Pero, ¿qué puede significar lo sagrado?, dentro de las múltiples definiciones que nos proporciona el DRAE, aparece una que a mi parecer resume los tesoros colocados en múltiples estantes y repisas, la de “irrenunciable” y si, la verdad es que los libros, las ideas que contienen, la imaginación, la sabiduría, la inspiración, son irrenunciables.

Mi primer encuentro con lo que se asemejaba a una Biblioteca fue con los famosos “Libros del Rincón”, por lo menos en mi caso y cuando cursaba mi educación primaria, esta colección de libros si se encontraban en un pequeño rincón del salón de clases, adornado delicadamente por la profesora con la intención de animarnos a entrar en ese mundo fantástico de las letras, posteriormente me encontré con los estantes que conformaban la Biblioteca de mi abuela, quien conservaba todas las novelas de pasta dura de los que ahora sé que son los clásicos como: Las aventuras de Tom Sawyer, Mujercitas, Oliver Twist, Marianela, La Vida es Sueño, Viaje al Centro de la Tierra, El viejo y el Mar, entre muchos otros tesoros que formaban parte de esa biblioteca que ella y mi abuelo habían conformado a lo largo de los años, recuerdo lo bellos que me parecían esos libros y lo mucho que me gustaba hojearlos, un poco a escondidas porque mi abuela siempre temía que mis primos y yo pudiéramos maltratarlos, aunque en el fondo le fascinaba la idea de que nos gustaran tanto como a ella y es que como decía Virginia Woolf: “no es solamente que leamos

tantísimos libros, sino también que hayamos podido leer precisamente esos libros...” y además de leerlos, el ejercicio de copiar pasajes que no queríamos olvidar de aquellos clásicos.

Pero fue en la secundaria cuando el deber y la tarea asignada por mi profesor de historia me llevaron a visitar una Biblioteca Pública, acompañada por mi madre acudí a la Biblioteca General del H. Congreso de la Unión, ubicada en un hermoso edificio del Centro Histórico de la Ciudad y mi investigación consistía en buscar información relacionada al período presidencial de Porfirio Díaz, recuerdo que encontré bastante información, entre libros, periódicos, revistas, de los que fotocopié algunas páginas y desarrollé ese trabajo, pero aquella visita me pareció un encuentro mágico, me dejó maravillada por la cantidad de datos e información que podías encontrar de una persona con la que no habías coincidido en el tiempo y el espacio, y entonces comprendí el gran tesoro de la literatura, lo irrenunciable, lo que no queremos olvidar.

En años posteriores acudí a otras bibliotecas, pero debo decir que no volví a tener un encuentro tan mágico con mis amigos literarios hasta el día en que visité por primera vez la Biblioteca Central, la magia te envuelve desde que la ves a lo lejos, cuando caminas por las islas y disfrutas del colorido de sus murales; ahí empieza la aventura, al llegar a la puerta debes tomar la decisión de ser tragado o no por el Dios Tláloc, es un riesgo que hay que

correr para iniciar la mágica travesía, si éste te permite el acceso, es que seguramente te consideró digna, puesto que no fuiste devorada, al pasar aquella prueba, te encuentras con una gran cantidad de mesas, sillas, libreros, catálogos, vitrales de techo a piso y un rumor de voces que no tienes plena seguridad si provienen de los visitantes o de los libros cuidadosamente acomodados en las estanterías, se escucha el rumor del viento, el romper de las olas, los cañones de la batalla, los discursos proclamados, todos sonidos mágicos y que te transportan a otros tiempos, entre los pasillos distingues una silueta parecida a la de Dickens, pero al observar con detenimiento te das cuenta que se trata de un estudiante que busca apuradamente un volumen de El Laberinto de la Soledad, al mirar a las mesas crees reconocer en una de ellas a Rosario Castellanos redactando su Ensayo Sobre Cultura Femenina, pero al acercarte te das cuenta que se trata de una profesora calificando los exámenes de sus alumnos, quizá si es ella, después de todo pudo haber estado ahí, su presencia parece no haberse desvanecido del todo y de hecho no lo hizo porque en uno de los estantes encuentras varios de sus libros, por lo que asumes que el haberla visto es parte de la magia. Cada uno de los pisos de la Biblioteca Central encierra un poco de magia y misterio, ecos, sombras, detalles, que se encuentran por todos lados, en las escaleras, paredes, estantes y en las personas o personajes que la habitan o visitan.

Desde el pasado 22 de febrero algunas bibliotecas, en su mayoría las más pequeñas, señalan que reanudan su servicio pero para ello hay que hacer una cita, lo que lo convierte en un proceso un tanto burocrático y que se roba algo de la magia de visitar estos recintos, algunas se enfrentaron a saqueos y otras señalan no recibir tantos visitantes como antes de la pandemia, situación que es entendible puesto que las autoridades sanitarias no han podido precisar que tan conveniente es que un libro sea leído por una o más personas que no forman parte del núcleo familiar y a eso se suma otro punto en contra y que resulta en una mayor tranquilidad en tiempos de pandemia y es el hecho de que el libro electrónico tiene una gran ventaja (para aquellos que cuentan con los dispositivos adecuados para leerlo) su lectura se hace de manera personal sin riesgo de intercambios o contagios, pero aquellos que prefieren al libro en ese formato parece que en realidad no saben que se pierden o quizá han olvidado la mágica esencia de los libros.

Estoy segura que la visita a la Biblioteca Central y a cualquier otra de nuestra predilección dentro de la bella Ciudad de México, está dentro de los planes a futuro que anhelamos realizar, es como esa reunión con los amigos, que estamos posponiendo hasta que acabe la pandemia, la visita a nuestros amigos literarios, esos amigos que han estado con nosotros en los momentos más tristes, pero también en los de gran alegría, que nos han

acompañado en las noches de estudio y eran de gran ayuda para despejar la mente después de varias horas de teorías complicadas, que eran nuestra compañía en las visitas inolvidables al centro de la Tierra, a Marte, al País de las Maravillas, al País de Nunca Jamás, a Europa, la India, Japón entre muchos otros, porque en la literatura no existen los límites, además de que dependiendo de la Biblioteca a la que anhelamos regresar esperamos que sea una mágica aventura.

Ya lo decía Borges en sus Ficciones, comparando a la Biblioteca con el universo y afirmando que “no hay en la vasta Biblioteca, dos libros idénticos”.

ENCONTRANDO AL MAGO

RELATO

MAGGIE GUTIÉRREZ



Cuando se habla de magia lo que la mayoría de la gente espera es un show de ilusionismo, que aparezcan o desaparezcan palomas, conejos o hasta la estatua de la libertad, pero la magia de la que voy a hablar es una que utilizaba, sin saber, cuando era niña y que descubrí que era magia hace unos años, cuando toque la obscuridad de la desesperanza, cuando dejé de sentir emociones y ni la risa de mis hijos me alegraba, no entendía porque estaba así, tomé cursos, terapias, me pedían que conectara con un momento feliz que no veía, no lo encontraba, por más que buscaba solo veía el dolor que no quería seguir viviendo, mi mente bloqueó las emociones y solo sentía indiferencia, y pensé que no había nada más, que no aportaba nada a nadie, salvo lástima, porque no sabía vivir y tampoco sabía qué hacer con mi vida.

Después de un tiempo comencé con unos dolores en cervicales, empezó como jalones momentáneos en el cuello que se fueron haciendo cada vez más dolorosos hasta que no pude mover el brazo izquierdo, era como un trapo colgando que no tenía fuerza, ni respondía ninguna orden de movimiento, solo dolía intensamente desde la cabeza hasta la espalda, en algún momento mi mamá se fue a mi casa donde vivía con mis hijos a cuidarlos porque yo ya no podía hacerlo, yo me fui al departamento donde ella vivía, donde estuve con medicamentos, inyecciones y diferentes terapias que no produjeron ningún cambio ni disminuyeron el dolor, pasaron cinco meses y yo seguía igual, en ese quinto mes me invadieron pensamientos nada alentadores por el tiempo pasado y que seguía igual sin ningún cambio, pensé que me quedaría así y que no tenía sentido seguir viviendo de esa forma, pensé que mis hijos ya se habrían acostumbrado a estar con mis papás y que yo, ya no les hacía falta, pero un día cuando estaba a punto de cometer una locura, envenenando terminantemente ese cuerpo que solo dolía, pensé, que si su papá no había estado en su vida yo no podía hacer algo similar, alejarme por mi cobardía, decidí buscar alternativas, algo más, lo que pudiera hacer para sanar, para volver a estar con mis hijos y dar sentido a mi vida, sentir esperanza, sentir tristeza, enojo, alegría, sentir lo que fuera, pero volver a sentir, dejé todo medicamento, terapia, todo, y comencé a hacer meditaciones, no podía hacerlas de la forma

tradicional porque necesitaba estar en movimiento para soportar el dolor que sentía.

Entonces llegó un recuerdo de cuando jugaba con uno de mis hermanos, él tenía seis años y yo cinco y era la fecha en que llegaban los Reyes Magos para dejar regalos en las casas de los niños “que se portan bien”, ese día él llegó a mi cuarto y me dijo, “te cuento un secreto y no le dices a nadie”, por supuesto quería saber el secreto y le dije que sí, me dijo con voz bajita; yo acompañe a los reyes magos a entregar los juguetes a todos los niños del mundo, le pregunté cómo le hacía porque son invisibles, no los podemos ver, eso nos habían dicho mis papás, y él contestó; “lo que pasa es que tengo unos polvos mágicos con los que, con un poquito de ellos los puedo ver”, le pedí que me enseñara los polvos mágicos y sacó un costalito azul marino con estrellitas plateadas de la bolsa de su pantalón, y me preguntó; “¿quieres acompañarme hoy a repartir regalos con los reyes magos?”, me quedé impactada con su ofrecimiento y acepté, estaba muy emocionada, y me pidió que cerrara los ojos y no los abriera hasta que me hubiera puesto los polvos, abrió el costalito y yo cerré mis ojos, dijo unas palabras mágicas mientras los espolvoreaba sobre mi cabeza, y me advirtió que al abrir los ojos vería algunas diferencias en el cuarto, entonces dijo “ahora tienes magia ya puedes abrir los ojos, después añadió: “ya casi es hora de irnos y como bien sabes los Reyes magos tienen un caballo un camello y un elefante para que los lleven a

cualquier lugar, yo tengo un murciélago, ¿tú que escoges? Puedes elegir lo que tú quieras, respondí que me gustaban los dragones y me dijo que creara uno, usamos alas de Pegaso para ponérselas a mi dragón, fuego para que sirviera de defensa en caso de necesitarlo, ojos de águila para que viera a grandes distancias, la fuerza y valor de mil leones, un pelaje suave al tacto de color blanco que destellaba los colores del arcoíris en cada movimiento, los mapas del universo para que nunca pudiera perderse y un corazón noble y bondadoso que pudiera dar amor a todo ser viviente. Me dijo que ese dragoncito era un pequeño bebé, me pidió que lo abrazara, lo acercara a mi corazón y escucha su latido, ahora su latido y el mío tomaban el mismo ritmo, bum bum, bum bum, dijo, “están haciendo una conexión con la que jamás podrán separarse, le acabas de dar vida”, “ él te ayudará siempre, estará para ti en cualquier instante, nunca te sentirás sola, te llevará a ver los paisajes más hermosos, te ayudará a resolver cualquier problema y hoy te llevara con nosotros a repartir juguetes”, “suéltalo y empezará a crecer su tamaño, ahora súbete en él, es hora de irnos”, y comenzamos a volar, cada vez más alto ya tocábamos las nubes, ahí me preguntó “¿quieres saber a qué sabe el agua de nube? Agarra un pedazo de nube y exprímela en tu boca”, es el agua más deliciosa que jamás había probado, pasamos por un mar donde escuchamos a la distancia el canto de las sirenas, una melodiosa voz que hipnotizaba al pasar, y dejaba una sensación de

alegría, amor y paz al mismo tiempo, vimos los más hermosos colores en el cielo, en los paisajes, todo sumamente bello, comenzamos a ver que las luces de las casas se iban apagando lo cual significaba que podíamos empezar a repartir los regalos, entregamos muñecas, cochecitos, bicicletas, pelotas, canicas, trompos, en algunos lugares dejábamos útiles para la escuela, mochilas, dulces y galletas. Cuando íbamos de regreso nos saludaron las estrellas, el aire nos acariciaba con una dulce brisa que nos arrullaba, de repente ya estábamos en la casa, mi hermano tomó mi mano y me regaló el costalito de los polvos mágicos, me dio un beso y se fue a su cama.

Ese era un recuerdo más que feliz, era un recuerdo que, no sé porque se escondió tanto, que no podía recordarlo, era una de las experiencias más extraordinarias de mi vida, pero al fin lo recordé y tuve esa sensación de un nudo en la garganta, pero mis ojos se sentían como si tuviera vidrios que cortaban por dentro en el intento de dejar salir una lágrima, me dolían, me ardían, pero sentí, sentí esa sensación de que había algo más grande, algo más poderoso que cualquier dolor, a partir de ahí, en ese sexto mes que comenzaba, empecé a hacer pociones con agua y polvos mágicos, imaginaba que en el cuarto donde estaba había magia, como cuando le di vida a mi dragón, agarraba polvos del costalito y los esparcía en el agua, mientras mi dragón se hacía presente y parecía como si me susurrara el conjuro perfecto que le daría el efecto a

esa poción con agua, “sabiduría infinita, inteligencia creadora, luz brillante y sanadora conjugado es su poder en esta poción milagrosa, es todo lo que necesito para sanar ahora, gracias, ¡ya es!”, veía como si saliera humo con destellos luminosos de la magia que estaba actuando, la frase tenía el poder de llenarme de certeza, sabía que era todo lo que yo necesitaba para sanar, no había forma de que el resultado fuera diferente, hacía mi ritual en la mañana al levantarme, en los momentos del día que empezaba a desesperarme, en las noches antes de acostarme, todos los días sin excepción, agradecía cualquier sensación de mejora, un poco mejor, cada vez mejor, desde la primera semana que lo comencé a hacer empezaron los cambios, cada vez menos dolor, cada vez más movimiento y más fuerza, mi brazo comenzó a responder poco a poco, hubo un avance que no podía creer, un día pude cargar unos segundos un vaso de plástico y me dio mucha emoción, la mano temblaba, pero lo pude hacer, lo que no había pasado en los cinco meses anteriores, en un solo mes hubo un cambio mágico, milagroso, al final del mes pude regresar con mis hijos, completamente recuperada, con los polvos que mi hermano dejó para mí en ese costalito que, no es visible a los ojos limitados por el miedo y el dolor, pero que seguían ahí esperando a que los ocupara. La magia y mi dragón desde entonces me acompañan con la esencia espiritual de mi mejor amigo, quien a la edad de seis años diseñó como legado la fórmula mágica, a través de un viaje

maravilloso usando la imaginación, la cura para su hermana. Entre el poder de los polvos y palabras mágicas en un ritual, escondida la sonrisa eterna de mi hermano, mostró al verdadero mago al volver a tocar su mano y la magia del amor que es lo que hace los milagros.

HEMINGWAY, SU PASIÓN POR LA FIESTA BRAVA

ENSAYO

GUSTAVO ADOLFO CASTILLO TORRES



*“(...) el cielo sería para mí una plaza de toros con dos
entradas vitalicias y un río de truchas al lado (...)”.*

E. M. Hemingway

Si bien es cierto que para hablar -y no se diga para escribir- de toros y de la esencia que guarda la fiesta, hay que poseer la vivencia de haber pisado la arena frente a la bravura única del toro de lidia, también lo es que aquel aficionado que ha presenciado, y porque no decirlo, también comprendido la tauromaquia desde la “barrera para atrás” o bien, que ha convivido de cerca con sus protagonistas, puede de manera similar generar esa “sensibilidad” para describirla de la forma más fiel y apasionada posible desde su

perspectiva, transmitiendo a su oyente o lector el hechizo que tal ambiente encierra, enamora y contagia.

Tal es el caso de Ernest Hemingway, escritor con profundas emociones hacia lo taurino fraguadas por sus numerosas visitas a España desde la década de 1920, pero tatuadas en la piel por la seducción forjada en las fiestas de la *Feria de San Fermín*, en Pamplona, y que despertaron en él una profunda inspiración para escribir dos grandes novelas sobre el arte del toreo: “*Muerte en la tarde*” de 1932, y “*Fiesta*” de 1926, mediante las cuales logró plasmar lo elemental de la vida y de la muerte a través de la magnificencia de las corridas de toros, con lo ceremonioso y radical que trae consigo la pasión que despierta esta disciplina, pero sobre todo, relatar el eterno “mano a mano” que existe entre sus protagonistas.

La competencia derivada en confrontación encarnizada a muerte surgida entre Antonio Ordoñez y Luis Miguel Dominguín, dos importantes figuras del toreo en la temporada de 1959 para lograr obtener el número uno del escalafón taurino -que no es otra cosa sino la “joya de la corona” para quienes hemos brillado en porte y presencia ataviados en un vestido de luces con un capote de paseo en seda al hombro y montera en mano-, y que dio pie al ensayo, para algunos artículo novelado: “*Verano sangriento*”, escrito entre 1959 y 1960, obra por encargo de la revista *Life* con tintes iniciales de reportajes periodísticos y que fueron publicados

póstumamente en el año de 1985 ya como una novela en toda la extensión de la palabra, muestra no sólo la relación triangular intensa entre los toreros y el autor, sino el gran reto que representó para Hemingway su elaboración que de 10 mil -iniciales- culminó en la cuenta de 75 mil palabras. Es evidente cómo la emoción se convirtió en pasión, dando cabida a la asombrosa e ineludible transformación del periodista al escritor en su concepción genuina del toreo.

Describir aquella intensa rivalidad desde su propia perspectiva basada en la convivencia y hermandad experimentada del día a día con los toreros, y lograr transmitir la profundidad y misticismo del dolor, sacrificio y hasta religión de los aspectos que significan el escribir sobre la *sangre y arena*, le merecieron duras críticas por parte de quienes en ese momento se jactaban de tener más conocimientos taurinos que él, bien por considerarse herederos naturales de la “madre de todas las fiestas”, o por la seguridad de tener la sapiencia taurina necesaria que les daba autoridad sobre la materia, pero sin imaginar lo que Hemingway había logrado asimilar y comunicar al público gracias a su enorme gusto y pasión.

Nacido en Oak Park, Illinois, en 1899, en el seno de una acomodada familia, tuvo por padre a un médico mediocre y a una madre rica heredera y artista frustrada que cuando Hemingway contaba con apenas 20 años, decidió expulsarlo de casa por

holgazán. Obsesionado por la valentía personal y la violencia, fue su trabajo como periodista en el *Toronto Star* en 1921, el que le permitió salir de su fastidioso entorno hogareño para encontrarse con una Europa que además de darle la oportunidad de conocer a grandes artistas e intelectuales de la época, le ofreció la posibilidad de echar mano primero en Madrid y luego en Pamplona, España, de lo que sería una de sus más grandes fascinaciones, por él definida como una tragedia: *la fiesta de los toros*; sustento de su inspiración para consolidarse, primero como un “aficionado” y, luego como un eficaz escritor del tema, afirmó que: “*nadie vive por completo su vida, salvo los toreros*”.

Julian Pitt-Rivers, antropólogo inglés, escribió que Hemingway además eligió a España como escenario literario porque le permitió desarrollar su batalla personal contra la muerte e intentar vencer su miedo sexual, en el mundo de los toros. *¿Entonces, Hemingway, con su origen anglosajón, quien fuera considerado como un “verdadero” aficionado a pesar del patriotismo sobre la fiesta nacional que enaltecían los oriundos mediterráneos para preciarse como verdaderos conocedores de la tauromaquia -aun sin haber pisado un ruedo-, estaba legitimado para escribir con un estilo sin precedentes para acercar a su lector con la mayor objetividad y concisión posibles a través de una narrativa en primera persona, y describir los valores austeros, sobrios y místicos del arte del toreo?*

Intentemos responder pues, querido lector, a esta gran incógnita sobre uno de los hitos fundamentales en la obra de Ernest Hemingway, quien a lo largo de cuarenta años acopió conocimientos acerca de la fiesta de los toros, a través de su presencia en las plazas y de fraternales relaciones con sus protagonistas, que le permitieron escribir -con sus propias palabras- en los ámbitos periodístico y literario sobre aquello que él vivió, como una clara intentona de acercar a sus leyentes, principalmente a sus conciudadanos, hacia una visión disímil de la tauromaquia, más allá del espectáculo cruento y sanguinario que aún se percibía en muchas regiones del mundo hasta entonces ajenas a la esencia de la “madre de todas las fiestas”; opinión que comparto con Ricardo Marín Ruiz, de la Universidad de Castilla-La Mancha.

A Hemingway, “aficionado entusiasta” quien escribió de la gran pasión de su vida, incluso más y mejor que sobre sus otros tres afectos: la pesca en mar abierto, el boxeo, y la caza mayor, le bastó una sola corrida de toros para despertar aquella emoción sobre la *sangre y arena* que comenzaría a transmitir primero en un lenguaje más encaminado al público anglófono, al lector en su mayoría neófito de los tecnicismos taurinos bajo una descriptiva propia de la habilidad que le brindaba no las reglas sintácticas de la lengua, sino del “escribir como se habla” a través de la fuerza que imprimía el uso de sus palabras conforme a su vivencia, para más

tarde manuscibir con una mayor precisión técnica, utilizando términos de una manera más literal y correcta.

“*Muerte en la tarde*” constituye la muestra más sólida de su madurez como escritor en el ámbito taurino -aunque hay quienes siguen opinando lo contrario-, recalcando a las corridas de toros como una representación de valores fundamentales en donde “(...) *la muerte, es muerte de verdad (...)*”; logra demostrar, según Pitt-Rivers, “*que está siempre buscando la verdad, fuera de los artificios y afectaciones. En la corrida la encontró.*”. Es en este punto en donde también es duramente desacreditado por sus detractores, toda vez que se analiza su “contra-imagen” como autor y algunos de los temas que siempre le rodearon: *machismo; homosexualidad; valentía vs. cobardía; pesimismo; castración; tragedia; inevitabilidad de la muerte, y suicidio -acción que imitaría de su padre, y que cuando Juan Belmonte “Pasma de Triana” se enteró, sólo dijo: “Bien hecho”-*, los que fueron plasmados al menos en diversos personajes de sus obras, de forma destacada, en “*Fiesta*”, que en opinión de varios constituye su obra más cuidada y mejor escrita sobre el arte de torear.

Si bien para este autor norteamericano las corridas de toros representaban una imagen auténtica de la tragedia, una representación dramática en donde la adquisición del honor es el tema del rito taurino: “*La tragedia se reduce enteramente al toro y al hombre*”, es oportuno hacer la siguiente

pregunta: *¿qué significa ser torero?* Respuesta: Vivir en carne propia la religiosa experiencia de vestir, sentir, mandar, pisar, respirar, escuchar, sufrir, doler, sacrificar, competir, triunfar, fracasar, decidir, disfrutar, y demás verbos y sustantivos que conforman la experiencia vívida misma de la fiesta brava, en dónde el resultado es por regla general, matar o morir -salvo contadas excepciones en donde la bravura del toro garantiza su descendencia-, y que únicamente se obtienen allí, en el propio escenario en donde nos jugamos la vida y el prestigio ante vítores, jaleos o abucheos de quienes entienden o pretenden entender lo que pasa en el ruedo.

“Para ser torero, hay que parecerlo”. Hemingway nunca vistió con traje de torero. Nunca pisó un ruedo, salvo las ocasiones en que siguió a sus grandes amigos y asesores taurinos con quien consolidó aquella referida fraternidad y esto, siempre desde el callejón. Nunca experimentó la inigualable sensación de empuñar un estoque y matar “en todo lo alto” justo en el “hoyo de las agujas”. Nunca sufrió el dolor provocado por asta de un toro o de su bestial complexión y bravura -aunque sí en alguna ocasión voló por los aires en San Fermín al tomar al burel por los cuernos, quizá como “castigo divino” por tan osada acción-. Nunca dibujó una “cruz” en la arena como preámbulo del paseíllo al son de un paso doble y aplausos del numerado y general. Nunca fue motivo de un lienzo o cuaderno de bocetos en el que haya plasmado el místico y

mágico uso de los avíos -capote o muleta-, y nunca vivió en primera persona el recibir la bendición de su madre, el rezo en la capilla o la sensación de una corriente eléctrica recorriendo todo el cuerpo cuando el torero se ubica en el oscuro túnel de la plaza, con una luz al final, previo a plantarse en el ruedo y esperar la salida del “rey de la fiesta”.

Pero lo que sí hizo Hemingway, fue tener la capacidad de saber combinar debilidades -sus monstruos- y fortalezas -sus pasiones- de lo que habían sido sus veintidós años de vida y subsiguientes, con las características únicas e inigualables que comprendió le ofrecía la fiesta brava. Se involucró; observó; aprendió; se relacionó; escuchó, pero, sobre todo, dejó fluir su pluma para describir aquello que en principio resultaba de difícil entendimiento para él y para sus nóveles lectores, y posteriormente para acallar la crítica de quienes se creían con mayor y mejor derecho para hablar o escribir de toros, sin enterarse entonces que tenían frente a sí a un literato maduro con autoridad moral para expresarse y publicar sobre el arte del toreo y su trama en general.

Obteniendo su inspiración en Pamplona, logró poner con tinta su interpretación estética y moral de las corridas de toros. Su pasión por la técnica y su obsesión por el aspecto práctico de la muerte en sí, lo llevaron a convertirse en un fiel y enérgico descriptor del arte del toreo a través de sus elementos de faena, aunque sí, dirigido a un concreto público romántico.

En suma, quienes hemos vivido y hoy seguimos amando la fiesta de los toros sabemos que es de todos y para todos, y siempre estaremos atentos a lo que tienen que decir los que apasionadamente escriben de ella, aunque sea de la *“barrera para atrás, y con sus propias zapatillas”*. Hoy el lector que gusta de lo taurino tiene un referente más de quien escribe y publica con afición y arte.

¡Gracias Ernest por lo que asimilaste y tu manera de decirlo! ¡Olé!

HAIKU

POESÍA

NADIA JIMÉNEZ



Fresco aroma
blanco Huele de noche
despide sutil.

Hierba mojada
anuncia la llegada
del verano gris.

Brisa languida
agita el ambiente
del azul del mar.

Lluvia sublime
colorea los valles
en gamas de azul.

Azul plúmbago
de luces fulgurantes
viste la noche

HAIKU

POESÍA

JORGE MIRANDA



Extinción

Meteoro grande
Caída de Dinosaurios
Viva el rey nuevo

Vida

Una gota cuelga
Solo basta un suspiro
La vida acaba

Lluvia

La lluvia de abril
Olor a tierra húmeda
La lluvia pasó

Sepelio

La flor se cierra
Tu ataúd en el centro
El pétalo cae

HAIKU

POESÍA

LORENA SANDOVAL



El mar te grita
secretos de la luna
formando piel

SONETO

POESÍA

LORENA SANDOVAL



A veces comienzo cuando inundo
y logro un claro encuentro
las rocas no hacen viento
¿Por qué el corazón fecundo?

Todos nadan en su mundo de humo
ellos hablan, mientras lucho
quizá son ecos a los que escucho
cuando a mi hada confundo.

¿Con qué derecho de razón?
definimos y juzgamos al amor
interceptando vacíos de cada noche.

Si aún no sabemos cuál es la explicación
iniciemos a comprender que es derroche
y que vendrá a revolucionar el dolor.

DE COMIDA Y BUENOS RECUERDOS

ENSAYO

DÉBORAH CASTILLO FLORES



Mi abuelita era una gran contadora de historias o al menos de eso tenía fama porque ella nunca me contó una historia ni leí nada que hubiera escrito. Solo una vez tuve la oportunidad de ver en acción su mente creativa.

Comer buñuelos durante las fiestas decembrinas es una antigua tradición oaxaqueña. Casi siempre se sirven en platos de barro que, una vez terminado el buñuelo, se azotan contra el piso o la pared rompiéndose en pedazos. Un diciembre, hace ya muchos años, nos encontrábamos en Oaxaca comiendo buñuelos junto a unos buenos amigos estadounidenses cuando uno de ellos preguntó por qué se acostumbraba romper el plato. El origen de esa tradición es incierto, pero hay dos versiones aceptadas por la mayoría, pero ninguna de ellas le pareció suficientemente buena a mi abuelita para contarla a nuestros amigos, ella quería que se llevaran de vuelta a su país una historia mucho más interesante que las leyendas conocidas. Así que se remontó a los tiempos del noble rey zapoteca Cosijoeza y la princesa Donají y relató

una historia que a los amigos gringos y a mí, entonces una niña, nos dejó con la boca abierta y lágrimas en los ojos.

Por muchos años zapotecos y mixtecos estuvieron en guerra, en una batalla los zapotecos hirieron y tomaron prisionero al príncipe Nucano, la princesa Donají se apiadó de él, lo curó y lo cuidó hasta que se recuperó y le concedió su libertad ya que entendía que su deber era liderar a su pueblo en la batalla. Tiempo después, los mixtecos atacaron la ciudad de Zaachila y tomaron prisionera a la princesa Donají, los soldados zapotecas sitiaron Monte Albán en un intento por liberarla, pero los mixtecos al verse rodeados, mataron a Donají y le cortaron la cabeza. El príncipe Nucano a quien Donají había salvado la vida tiempo atrás, estaba sentado a la mesa cuando se le informó del asesinato de la princesa, lleno de rabia lanzó los platos de barro contra la pared rompiéndolo todo en mil pedazos ya que su intención era hacer a Donají su esposa una vez ganada la guerra. Nucano entregó el cuerpo de la princesa a los zapotecas para ser enterrada conforme a su rango y juró ser un gobernante justo para así honrar la memoria de Donají.

Claramente, la historia se la había sacado de la manga en ese momento, pero a partir de ahí, comer buñuelos y romper el plato adquirió para mí un nuevo significado uno heroico y trágico que aún recuerdo ahora en la adultez.

Porque la comida, independientemente de su valor nutricional, tiene un gran valor emocional. Comer, no solo nos alimenta el cuerpo, también evoca recuerdos, nos invita a convivir y compartir, nos transmite emociones de todo el espectro conocido. Porque ¿quién no ha intentado curarse el corazón roto con un litro de helado? ¿o se acuerda de lo que comía mientras recibía una terrible noticia y nunca más quiso volver a comer ese platillo? ¡Pero también está ese plato que nos saca lágrimas de emoción porque nos recuerda una feliz infancia... si! como el momento en que el protagonista de Por el camino de Swann de Marcel Proust moja

su madalena en una taza de té caliente y trae a su mente un recuerdo de su infancia cuando pasaba las vacaciones en casa de su tía Léonie en Combray.

Esta anécdota me vino a la mente por dos artículos que leí recientemente y que me recordaron que comer no se trata solamente de “llenar el hueco en el estómago”. El primer artículo hablaba del restaurante Tsukihana en Tokio que además de comida del mas alto nivel crea una atmosfera que involucra todos los sentidos, desde proyecciones sobre la mesa a la vajilla sobre la que te sirven el platillo. Así que, si pides por ejemplo una ensalada, el plato en que la sirven y las proyecciones en la mesa te hacen sentir que estas en un bosque rodeado de naturaleza, el objetivo es que “el mundo contenido en tú plato, se conecte con el mundo a tu alrededor” Imagínense con los diferentes platillos que se piden en una misma mesa, las diferentes atmosferas que se crean alrededor. Puede ser una experiencia maravillosa o de plano esquizofrénica, pero me parece que vale la pena el experimento.

Para mí, que como mi Abuelita me gusta comer, pero no cocinar, tratar de reproducir un platillo a los que tengo asociados muy buenos recuerdos, los buñuelos, por ejemplo, me da terror; siento que mi torpeza culinaria puede echar a perder el plato y también los buenos recuerdos. Pero para otras personas, esos recuerdos son los que les han permitido cocinar aun cuando no sean capaces de comer nada de lo que preparan. Es el caso de la chef Loretta Harnes cuya historia es un claro ejemplo del poder emocional de la comida. Loretta quien padece el síndrome de Ehlers-Danlos, una enfermedad que le daña el tejido conjuntivo de la pared intestinal y le impide digerir la comida, así que lleva seis años sin poder probar alimentos sólidos y solamente se alimenta mediante una sonda nasogástrica. Loretta creció con una niñera que era una gran cocinera y le enseñó muchas de sus recetas y los recuerdos de esos años felices cocinando platillos deliciosos, la llevó a dedicar su vida adulta a

cocinar aun cuando no pueda probar lo que prepara. Loretta cuenta que ha mantenido su pasión por la cocina porque para ella “muchas de las historias con la comida se mezclan con recuerdos cálidos y felices de su vida familiar” Ese es el poder de la comida y los recuerdos que asociamos a ella, porque Loretta puede recrear sus recetas y crear nuevos platillos basándose en los recuerdos que tiene de a que sabe o como le gustaría que supiera la comida.

Estos dos artículos me hicieron reflexionar sobre la forma en que me relaciono con la comida, porque durante años la comida se volvió mi enemigo, un ejercicio muy complejo de sumas y de restas en el que siempre salí perdiendo en antojos y ganando en kilos ¿Será posible que al cambiar la forma en la que veo a la comida, en vez de enemigo, como una fuente de felicidad, de amor, de generosidad, pueda dejar de sentirme culpable cada vez que rompo la dieta? ¿O mejor aún, dejar la dieta por completo? Sin pretender revolucionar la dietética, creo que ese cambio de mentalidad es el primer paso a una vida saludable, en la que comer deje de ser un movimiento mecánico que nos permite funcionar en el día a día, sino que se convierta en una experiencia que nos alimenta el cuerpo y también el espíritu. Usar nuestra intuición al elegir que comemos pensando en lo que nos gusta en vez de lo que debemos comer.

La comida nos acompaña en los grandes momentos de nuestra vida, es imprescindible en las celebraciones, nos abre las puertas a diferentes culturas, es nuestro compañero en las tristezas y un bálsamo en los dolores. Dejemos pues que la comida siga siendo ese compañero, para que así, en vez de intentar nuevas dietas, empecemos a alimentarnos.

MACHANGARA

RELATO

HEYMMAN REVELO



Una tarde cálida del mes de junio todo el sector se ensombreció por el terrible hecho propiciado por el dolor de la princesa Machangara que se había quitado la vida en un momento de angustia y desesperación.

Habían asesinado al amor de su vida de una forma que no podía comprender, ya que era el jefe del ejercito de un pueblo que lo amaba y respetada, había liderado varias ataque de otros grupos violentos que amenazan la libertad e integridad de su gente.

Por su valentía había ganado el derecho a desposar a la hija mayor de Floro, cacique de la región Páez; hombre poderoso de grandes valores morales y éticos que infundía en toda la región que gobernaba con justicia, pero con mucha disciplina.

Su nombre era Lame, descendiente de una prole de guerreros valientes. La pareja se enamoró inmediatamente se

vieron, ella era una joven de apenas quince años el entrado en los veinte.

Su región se encontraba en un valle situado entre dos cordilleras de montañas bañado por varios afluentes de agua pura y cristalina que abastecía de peces de varias clases, además abundaba toda clase de arboles frutales y animales pequeños que servían de alimento a toda la población.

Algunos pueblos vecinos que no corrían con la misma suerte intentaron en reiteradas ocasiones someterlos por la fuerza, pero ejército fuerte y entrenado siempre salía victorioso.

Floro era un jefe de corazón puro que se apiadaba de los menos afortunados, permitía que pequeñas aldeas se abastecieran de alimentos por medio del llamado trueque, o intercambio de bienes entre los pueblos.

Sebastián Moyano y Cabrera, tenía doce años cuando se descubrió América, en el año 1492. Nació en la localidad española de Belalcázar, de ahí sería conocido como Sebastián de Belalcázar. Era un militar de experiencia, había estado en lo que se llamaría América central cuando tuvo la posibilidad de adentrarse desde Cartagena de indias hacia el interior, maravillándose de una belleza natural nunca vista por él.

Hombre de edad madura para ese momento de su vida, todavía le apasionaba la exploración de nuevas tierras. A su paso por el interior del continente, aldeas pequeñas iban siendo

conquistadas y dominadas en nombre de la corona española, siendo emperador Carlos I.

Por pertenecer a la zona tórrida, junio es un mes de días cálidos agradables con noches frescas bañadas por la luz de la luna. El conquistador sentía que vivía la mejor época de su vida, los aborígenes le aprecian amigables y dóciles en su inmensa mayoría. Algunos de los soldados españoles abusaban de su poder a pesar de que el mismo rey tenía absolutamente prohibido el maltrato a los habitantes del nuevo mundo, ley que imperaba desde la misma reina Isabel la católica.

El sol se encontraba en la mitad de la mañana cuando en la cúspide de una montaña se extendía el gran valle nasa o valle de Pubenza. Desde la distancia su hermosura y tierra fértil con árboles frutales totalmente desconocidos para ellos.

Los habitantes se llenaron de asombro con los recién llegados al verlos con sus trajes que brillaban reflejando la luz del sol que descendían de animales también con brillantes armaduras. El caballo para ellos era totalmente desconocido, creían que era un solo ser que se podía dividir en dos.

Tanto visitantes como autóctonos no se podían comprender porque hablaban diferentes lenguas. Los españoles viajaban con algunos aborígenes que servían de intérpretes, que ayudaron en la comunicación con los Paeces, que tenían comercio con algunas tribus

De inmediato fueron llevados donde el taita como se llamaba a Floro. Como era costumbre se sentaron frente a frente y comieron algunas frutas. Intercambiaron señales para poderse comunicar. Por la altivez y arrogancia de los recién llegados, Floro comprendió de inmediato que no iba a ser una visita pacífica.

De pronto en un momento el conquistador quedo prendado de la juventud y belleza de la hija de Floro. Su pelo negro largo y bien cuidado que caía hasta sus hombros, en su cabeza llevaba un tocado de flores nunca vista por los españoles de variados colores lilas, azules y blancas. Su traje una túnica blanca con un cinturón de cuero que solo podían ser usadas por las hijas del taita.

Sebastián de Belalcázar, se levanto inmediatamente y avanzo hacia la princesa para saludarla como se acostumbraba en España, tomo su mano par besarla con una venia, en ese instante Lame se abalanza sobre el hombre que le faltaba el respeto a Machangara.

Ambos hombres desconocían las costumbres de cada uno. Falto poco para que se iniciara una batalla, en la cual los Paeces no iban a salir bien librados.

Floro muy indignado reclamo al conquistador, el cual se disculpó, acción que no era muy corriente en él. exigio que la princesa fuera de su pertenencia, hecho que no iba a ser aceptado por Lame porque era su prometida en matrimonio, con el agravante que se amaban profundamente.

A Machangara no le agrado la idea de ser dada en matrimonio al extranjero que le doblaba la edad y era muy arrogante, no solicitaba el exigía.

El amor no era prioridad para el hombre que había dado toda su vida a la milicia, su ambición no conocía limite, pero esto era algo que no entendía. Pasaban los días y su ansiedad por la joven le impedía dormir, comer, respirar.

Decidió volver a un caserío que tenía que fundar y volvería de nuevo a fundar la ciudad que llamarían Popayán, que significa entre dos ríos, el Pop y el Yan.

Daba tiempo prudente para que Floro aceptara su unión con la joven princesa, en otro evento la habría tomado por la fuerza. En todo su recorrido por las indias como llamaban a esta parte del nuevo mundo que luego fue bautizada como el Nuevo Reino de Granada.

Pasaron seis meses de relativa calma en el pueblo Páez, el conquistador dejo un destacamento de soldados con la orden de respetar las tradiciones y hospitalidad que dada Floro a los invitados hasta ese momento.

Machangara y Lame pensaron que Sebastián de Belalcázar, se había olvidado de su obsesión por la joven princesa, algo que estaba muy lejos de ser realidad.

Llego mas decidido que nunca a quedarse con ella. Pidió su mano al padre de la forma exigida por la comunidad. Floro que

temía represalias ante una negativa, como era costumbre en esos casos debía darse un duelo a muerte entre los aspirantes por el derecho de quedarse con la joven princesa.

El duelo quedo pactado para la media tarde del día siguiente. El joven guerrero nunca había sido herido en batalla, creía tener la ventaja porque tenia la mitad de la edad del conquistador.

Sin embargo, Machangara tenía temor porque no confiaba en el español, que a pesar de su aparente amabilidad veía una gran soberbia y arrogancia.

El tiempo corría lentamente, la noche parecía interminable, llego la mañana, se acercaba el momento que definiría el futuro de la bella princesa.

La media tarde llego, en el valle de presentaron los dos guerreros que lucharían a muerte, uno de los dos saldría vencedor, el duelo era a muerte. Ambos con sus trajes de batalla, esperando la orden de iniciar el ataque.

Los Paeces pensaron que iban a luchar primero hombre a hombre y luego se tomarían las armas como era la costumbre.

Cuando se encontraban uno al frente del otro, el conquistador levanto un instrumento metálico que jamás habían visto, Lame con lanza en mano, de pronto, se oyó un sonido sordo que hizo de los pájaros volaran es desbandada.

El jefe del ejército Páez, se desplomo cayendo de rodillas, su pecho sangraba, voltio a mirar a la princesa con una sonrisa como despidiéndose para por último cerrar sus ojos.

Tanto Floro como su pueblo no podían creer lo que había pasado, de pronto Machangara salió corriendo por el bosque hacia la montaña sagrada, donde según sus creencias habitaban los espíritus de los cuatro elementos que daban equilibrio a la vida, tierra, agua, viento y fuego.

Todos en el valle observaban a la joven que estando en lo mas alto de la loma se tiraba al vacío para terminar de esa forma con su vida.

Cuenta la leyenda que el conquistador nunca regreso a España, y la montaña en el mes de junio llora de tristeza.

El pueblo Páez nunca se sometió a los españoles. Aun en la actualidad exigen que se devuelvan tus tierras que fueron usurpadas hace 500 años.

ACERCA DE CISTERNA DE SOL



Cisterna de Sol (cesarcallejas.me) es una plataforma cultural y literaria nacida de la pluma y el encuentro de César Benedicto Callejas, no tiene filiaciones políticas ni relación con ningún gobierno o institución. Su base es el encuentro en la literatura por el placer de leer y la difusión de su disfrute.

Encuentre sus novedades y participe en ellas: FB: Cisterna de Sol, Instagram: Cisterna de sol, Twiter: @cesarbc70, y WhatsApp: 5530488751.